

Capítulo 5: La obediencia

22 en., 23 may., 22 sept.

¹El primer grado de humildad es una obediencia sin demora. ²Esta es la que conviene a aquellos que nada estiman tanto como a Cristo. ³Ya sea en razón del santo servicio que han profesado, o por el temor del infierno, o por la gloria de la vida eterna, ⁴en cuanto el superior les manda algo, sin admitir dilación alguna, lo realizan como si Dios se lo mandara. ⁵El Señor dice de éstos: *En cuanto me oyó, me obedeció (Sal 17 [18], 45)*. ⁶Y dice también a los que enseñan: *El que a ustedes oye, a mí me oye (Lc 10,16)*. ⁷Estos tales dejan al momento sus cosas, abandonan la propia voluntad, ⁸desocupan sus manos y dejan sin terminar lo que estaban haciendo, y obedeciendo a pie juntillas, ponen por obra la voz del que manda (cf. *Mt 4,22*). ⁹Y así, en un instante, con la celeridad que da el temor de Dios, se realizan como juntamente y con prontitud ambas cosas: el mandato del maestro y la ejecución del discípulo. ¹⁰Es que el amor los incita a avanzar hacia la vida eterna. ¹¹Por eso toman el camino estrecho del que habla el Señor cuando dice: *Angosto es el camino que conduce a la vida (Mt 7,14)*. ¹²Y así, no viven a su capricho ni obedecen a sus propios deseos y gustos (cf. *Jds 16*), sino que andan bajo el juicio e imperio de otro, viven en los monasterios, y desean que los gobierne un abad. ¹³Sin duda estos tales practican aquella sentencia del Señor que dice: *No vine a hacer mi voluntad, sino la de Aquel que me envió (Jn 6,38)*.

23 en., 24 may., 23 sept.

¹⁴Pero esta misma obediencia será entonces agradable a Dios y dulce a los hombres, si la orden se ejecuta sin vacilación, sin tardanza, sin tibieza, sin murmuración o sin negarse a obedecer (cf. *Mt 21,29 ss.*), ¹⁵porque la obediencia que se rinde a los mayores, a Dios se rinde. Él efectivamente dijo: *El que a ustedes oye, a mí me oye (Lc 10,16)*. ¹⁶Y los discípulos deben prestarla de buen grado porque *Dios ama al que da con alegría (2 Co 9,7; cf. Si 35,11)*. ¹⁷Pero si el discípulo obedece con disgusto y murmura, no solamente con la boca sino también con el corazón, ¹⁸aunque cumpla lo mandado, su obediencia no será ya agradable a Dios que ve el corazón del que murmura. ¹⁹Obrando así no consigue gracia alguna, sino que incurre en la pena de los murmuradores, si no satisface y se enmienda (cf. *1 Co 10,10*).

“Las enseñanzas de los santos Padres” (RB 73,2)

Orsio, abad, Testamento

«19. También ustedes, hermanos todos, que están sometidos en el orden de la espontánea servidumbre, lleven ceñidas sus espaldas y tengan lámparas encendidas en las manos, como los servidores que esperan a su señor cuando llega de las bodas; para abrirle sin demora cuando llama. Felices aquellos servidores cuyo señor los encuentra despiertos a su llegada (Lc 12,35-37). Así será para ustedes, si el prolongado esfuerzo no produce en ustedes el cansancio: serán invitados al banquete celestial y los servirán los ángeles. Estas son las promesas que aguardan a los que cumplen los mandamientos de Dios, estos son los premios futuros. “Alégrense en el Señor, nuevamente les digo, alégrese” (Flp 4,4). Estén sometidos a los padres con toda obediencia (cf. 1 P 2,13), sin murmuración ni variedad de pensamientos, alcanzando la simplicidad del alma para obrar bien (Rm 13,5), para que, llenos de las virtudes y del temor de Dios, sean dignos de su adopción (cf. Rm 8,23; Ga 4,5). “Tomen el escudo de la fe, para rechazar con él las flechas ardientes del diablo, y empuñen la espada del espíritu, que es la palabra de Dios” (Ef 6,16-17). “Sean prudentes como serpientes y simples como palomas” (Mt 10,16). Escuchen a Pablo que dice: “Hijos, obedezcan a sus padres” (Col 3,20), y alcancen la salvación de sus almas por aquellos que han sido puestos sobre ustedes. En otro lugar está escrito: “Sométanse a sus jefes, porque ellos velan por sus almas, y dan cuenta de ustedes” (Hb 13,17). Teman siempre aquello de que habla el mismo Pablo: “Son el templo de Dios, y el Espíritu de Dios habita en ustedes. Si alguien viola el templo de Dios, Dios lo perderá” (1 Co 3,16-17). En otro lugar dice: “No contristen al Espíritu Santo de Dios, con el que han sido marcados en el día de la redención por el justo juicio de Dios” (Ef 4,30)».

San Basilio de Cesarea, Regla (versión latina de Rufino)

Cuestión 13

«Pregunta: Si hay que obedecer a todos y a cada uno.

Respuesta: La diferencia o la diversidad de los que mandan no debe impedir el propósito de los que obedecen, porque ni siquiera Moisés despreció a su suegro Jetró cuando le aconsejó cosas útiles y justas (cf. Ex 18,19). Ciertamente no es despreciable la diversidad de las admoniciones: unas parecen contrarias a los mandamientos de Dios, otras por el contrario nos conducen a cumplirlo y llevan a la edificación. Por tanto, es necesario recordar el precepto del Apóstol que dice: “No desprecien las profecías; pruébenlo todo y quédense con lo bueno. Absténganse de toda apariencia de mal”, y también: “Purifiquen los pensamientos y destruyan toda altanería que se levanta contra la ciencia de Dios, sometiendo toda inteligencia a la obediencia de Cristo” (1 Ts 5,20-22). Si, pues, hay algo que concuerda con el mandamiento de Dios y es provechoso para el alma, y esto nos es ordenado por alguno, debemos aceptarlo como voluntad de Dios, con prontitud y de buen grado, cumpliendo aquello de: “Obedeciéndose mutuamente en el amor de Cristo” (Ef 4,2)¹.

Pero si alguien nos manda hacer algo contrario a los mandamientos de Dios, o que parece alterarlos o corromperlos, es tiempo de que digamos: “Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hch 5,29), recordando lo que dice el Señor: “No siguen la voz de un extraño, sino que huyen de él, porque no conocen la voz de los extraños” (Jn 10,5). Debemos acordarnos también del santo Apóstol, quien a fin de darnos seguridad sin tener miramientos ni siquiera con los ángeles, afirma: “Aunque un ángel del cielo les anunciara

¹ Para Basilio la Sagrada Escritura es el único criterio válido a seguir en el tema de la obediencia y, por ende, de la autoridad.

otro evangelio diferente del que les hemos anunciado, sea anatema” (*Ga* 1,8). Esto nos enseña que aun cuando alguien nos sea muy querido, incluso si se lo considera honorable y aunque sea sumamente ilustre, pero nos prohíbe hacer lo que ha sido mandado por el Señor, o manda lo que el Señor ha prohibido, ese tal debe ser considerado execrable por todos los que aman al Señor».

*Apotegmas de los padres del desierto*²

«Dijo *abba* Antonio: dijo: “La obediencia y la continencia someten las fieras a los hombres”» (Antonio 36).

«Se dice que Silvano tenía en Escete un discípulo muy obediente llamado Marcos... El anciano lo amaba por su obediencia. Pero los otros once discípulos sufrían por su preferencia. Los ancianos, al saberlo, se enfadaron y fueron a reprochárselo. Entonces Silvano se hizo acompañar por ellos y, golpeando celda por celda, en todas dijo: “Hermano tal, ven aquí que tengo necesidad de ti”. Pero todos demoraron en aparecer. Al llegar a la celda de Marcos, lo llamó. Éste, al oír su voz, salió rápidamente. El anciano lo envió a realizar un servicio... Luego, entrando en la celda de Marcos, tomó su cuaderno y señaló en él la letra “omega” sin terminar... Con ello demostró que, al oírle, Marcos había respondido inmediatamente a su llamado. Entonces los ancianos dijeron: “Verdaderamente, *apa*, a éste, al que amas, también le amamos nosotros ya que Dios le ama”» (Marcos 1).

«Dijo *abba* Rufo: “El que permanece en la obediencia al padre espiritual tiene mayor premio que el que se retira al desierto por propia voluntad”. Refirió también lo que había contado uno de los Padres: “Vi cuatro órdenes en el cielo: el primer orden, el hombre enfermo que da gracias a Dios; el segundo el que practica la hospitalidad y en ella permanece sirviendo; el tercer orden: el que vive en el desierto y no ve hombre alguno; el cuarto orden: el que permanece en la obediencia al padre y se somete a él por el Señor. Y el obediente llevaba un collar de oro y un escudo, y tenía más gloria que los demás. Dije al que me guiaba –contaba él–: ¿Por qué este, que es el menor, tiene más gloria que los demás? El me respondió diciendo: Porque el que practica la hospitalidad, hace su voluntad, y el que se va al desierto, lo hace por su voluntad, mientras que este tiene la obediencia. Habiendo abandonado todas sus voluntades, depende de Dios y de su padre. Recibe por eso mayor gloria que los demás. Es por eso, hijo, que es buena la obediencia que se asume por el Señor. Ustedes han recibido, hijos, los primeros elementos de esa virtud. ¡Oh obediencia, que salvas a todos los fieles! ¡Oh obediencia, que engendras todas las virtudes! ¡Oh obediencia, que descubres el reino! ¡Oh obediencia, que abres los cielos y elevas a los hombres sobre la tierra! ¡Oh obediencia, alimento de los santos todos, amamantados por ella y por ella misma hechos perfectos! ¡Oh obediencia, compañera de los ángeles!”».

Evagrio Póntico (+ 399), Sentencias para monjes

“Escucha, monje, las palabras de tu padre y no hagas inútiles sus admoniciones, obedécele en lo que te mande y en tu pensamiento camina con él pues de este modo

² “La colección sistemática de los *Apotegmas* contiene un capítulo entero sobre la obediencia. Y esta virtud es simplemente asimilada al martirio. La obediencia es un martirio, porque el superior va deliberadamente contra lo que el sujeto desea, asignándole tareas amargas y probándole sin contemplaciones. Esta forma de concebir el ejercicio de la autoridad ciertamente repugna a nuestra sensibilidad moderna, pero no se puede negar que es auténticamente tradicional” (E. GOUTAGNY, *Commentaire de la Règle de saint Benoît*, Abbaye Notre-Dame des Dombres, Pro manuscrito, ²1978, p. 115).

escaparás de los malos pensamientos y no prevalecerán contra ti los demonios malvados” (n. 73).

“El que obedece a su padre se ama a sí mismo, el que lo contradice caerá en el mal” (n. 91).

“Feliz el monje que guarda los mandamientos del Señor, y santo el que custodia las palabras de sus padres” (n. 92).

Doroteo de Gaza, Vida de Dositeo (siglo VI)

«Cuando oyeron los hermanos la respuesta del Anciano (Barsanufio a Dositeo), comenzaron a enojarse y dijeron: “¿Qué ha hecho éste? ¿Cuál ha sido su práctica para merecer oír esas palabras?”. En verdad, no le veían ayunar día por medio, como algunos de ellos, ni velar antes del oficio nocturno, además para este oficio se levantaba sólo después de dos nocturnos. No lo veían hacer una sola mortificación, sino que lo veían comer, a veces, un poco de la comida de los enfermos o, si sobraba, una cabeza de pescado u otra cosa por el estilo. En cambio, había algunos que, como dije, ayunaban día por medio desde hacía tiempo, y duplicaban sus vigilias y se mortificaban. Cuando oyeron la respuesta enviada por el Anciano a un joven que llevaba sólo cinco años en el monasterio, se indignaron, porque desconocían su obra: la obediencia en todo, de manera que ni una sola vez había hecho su voluntad, y tan, libre de prejuicio que si el bien aventurado Doroteo le daba una orden en broma, se alejaba corriendo y la ponía en práctica. Un caso: al principio y por costumbre hablaba con rudeza. Una vez el bienaventurado Doroteo le dijo en broma: “Necesitas pan con vino, Dositeo, está bien, toma pan con vino”. Al oír esto, trajo un recipiente con vino y pan, y lo presentó a Doroteo para que lo bendijese. Este, que no comprendía, se volvió hacia él, y le preguntó asombrado: “¿Qué quieres?”. Le, respondió “Me mandaste tomar pan con vino, ahora dame la bendición”. Doroteo le dijo: “¡Necio, vociferas como un godo! -los godos se irritan y vociferan, por eso te dije: Toma pan con vino, porque gritas como un godo”. Al oír esto, se postró, fue a dejar el recipiente» (cap. 11).

Sulpicio Severo (+ 420-425), Diálogos

“... La principal virtud, la primera, es la obediencia: el que llega no es recibido por el abad del monasterio si no ha sido antes sometido y puesto a prueba, dispuesto a no negarse nunca a ninguna orden del abad por ardua y difícil que sea de tolerar” (I,17,7).

“Y se decía que en ese mismo monasterio sucedió recientemente lo que voy a contar. Alguien del mismo modo, ante el mismo abad había llegado con la intención de ser admitido. Como se le propusiera como primera ley la de la obediencia y prometiera con insistencia que estaba dispuesto a sufrirlo todo, incluso cosas límite, el abad por azar llevaba en su mano una vara de estoraque seca hacía ya mucho tiempo.

La clava en el suelo y le impone al recién llegado el siguiente trabajo: que riegue la varita hasta que -cosa que iba en contra de todas las leyes naturales- el leño reverdezca en un suelo reseco.

Sometiéndose el recién llegado a la orden de una dura ley, llevaba todos los días en sus hombros el agua que iba a buscar en el río Nilo atravesando unas dos millas. Y transcurrido el espacio de un año seguía sin interrumpir su esfuerzo el trabajador y no podía haber esperanza acerca del fruto de su trabajo; sin embargo, la virtud de la obediencia le hacía persistir en su esfuerzo... (I,19,1-3).

San Jerónimo, Carta a Eustoquia (hacia 384)

“... El primer acuerdo (*confoederatio*) entre los cenobitas es obedecer a sus superiores y hacer cuanto se les manda...” (§ 35).

San Agustín, Regla

“... Con su obediencia manifiestan tener misericordia de ustedes mismos...” (7,4).

Juan Casiano, Instituciones (Libro IV,8. 10. 23-29)

«La solicitud y la enseñanza fundamental del anciano, por la cual el joven iniciado será capaz de subir hasta las más altas cumbres de la perfección, será que se le enseñe ante todo a vencer sus voluntades. Ejercitándolo en estas cosas, con aplicación y diligencia se preocupará de mandarle siempre intencionalmente aquello que percibe que es más contrario a su manera de ser. Aleccionados por muchas experiencias enseñan que el monje -y sobre todo los más jóvenes- no puede dominar el apetito de la concupiscencia, si no ha aprendido a mortificar sus voluntades por la obediencia. Por esta razón afirman que de ningún modo podrá vencer ya la ira o la tristeza, ya extinguir el espíritu de fornicación, ni tampoco (podrá) guardar la verdadera humildad de corazón, ni mantener con los hermanos una perpetua unidad, ni una firme y prolongada concordia; ni permanecer largo tiempo en el cenobio, si no ha aprendido primero a vencer sus voluntades.

... La regla de la obediencia es guardada con una observancia tan grande que los jóvenes no se atreven a salir de la celda sin que lo sepa o lo permita el prepósito y ni siquiera presumen satisfacer las necesidades naturales sin su autorización. De este modo, se apresuran a realizar todo lo que él haya mandado, como si viniera de Dios, sin ninguna discusión, hasta tal punto que algunas veces reciben órdenes imposibles de cumplir con tanta fe y devoción, que se esfuerzan en realizarlas y conlugarlas sin ninguna perturbación del corazón. Por respeto al anciano no calculan la imposibilidad del precepto. (...)

Como este libro trata de la institución del que renuncia a este mundo, gracias a la cual, llevado a la verdadera humildad y a la perfecta obediencia, podrá alcanzar también las cumbres de todas las demás virtudes, estimo necesario desarrollar, a título de ejemplo, como lo habíamos prometido, algunos hechos de los ancianos en los que sobresalieron por aquella virtud. No hemos escogido sino algunos de entre tantos, para que a quienes se esfuerzan por llegar a lo más alto les aproveche no sólo como estímulo a la vida perfecta, sino también como modelo de su propósito. Por ello, para compendiar este libro, no presentaremos más que dos o tres de la innumerable multitud de Padres.

Pongamos en primer lugar a *abba* Juan, que vivió cerca de *Lycó*, una ciudad de la Tebaida y que, elevado a la gracia de la profecía en razón de su obediencia, brilló de tal manera en toda la tierra que su mérito lo hizo célebre incluso entre los reyes de este mundo. Pues viviendo, como hemos dicho, en los confines de la Tebaida, el emperador Teodosio no osaba entrar en guerra con los tiranos prepotentes sin haber sido animado previamente por sus oráculos y respuestas. Confiando en ellos, como si fueran mensajes del cielo, obtuvo la victoria sobre sus enemigos en guerras desesperadas.

Ahora bien, desde su adolescencia hasta la edad de su madurez viril, el bienaventurado Juan estuvo al servicio de un anciano mientras éste vivió; y con tanta humildad estuvo siempre a disposición de aquél, que el mismo anciano llegó a sentirse estupefacto de

tanta obediencia. Queriendo explorar más claramente si dicha virtud procedía de una verdadera fe y de una profunda simplicidad de corazón, o si era afectada o de algún modo forzada por el deseo de hacerse notar del que daba la orden, le imponía a menudo cosas superfluas, menos necesarias e incluso imposibles.

De ellas propondré tres ejemplos por los que se puede manifestar a los que desean conocerlas la rectitud de su mente y de su sumisión.

Tomó el anciano de su leñera un palo cortado hace tiempo y preparado para el fuego, que estaba tirado allí a la espera de ser usado para la cocina, no sólo seco, sino ya casi consumido por la acción del tiempo. Después de haberlo enterrado en su presencia, le ordenó traer agua y regarlo dos veces al día, a fin de que echando raíces con la humedad permanente, volviese a ser el árbol de antes y llegase a ofrecer con su ramaje crecido agrado a la vista y sombra para los que se sentaran debajo de él a la hora del calor.

Aceptando tal mandato con su acostumbrada veneración y sin considerar para nada su imposibilidad, el joven lo cumplió todos los días. Trajo sin interrupción agua desde una distancia de aproximadamente dos millas y no cesó jamás de regar el leño; de modo que durante todo el año ni la fatiga del cuerpo, ni la celebración de alguna fiesta, ni ninguna ocupación urgente que hubiera podido excusarlo legítimamente de la ejecución del mandato, ni siquiera el rigor del invierno, le pudieron impedir la observancia del precepto.

Disimuladamente y sin decir palabra, el anciano observaba cada día su diligencia y lo veía cumplir el mandato con toda simplicidad de corazón, como procedente de Dios, sin que se alterase su semblante y sin discutir la razón. Convencido de la sincera obediencia de su humildad y teniendo lástima, al mismo tiempo, del prolongado esfuerzo que había desplegado durante todo el año con devoto fervor, se acercó al árido palo y dijo: “Oh Juan, ¿ha echado raíces este árbol o no?”. Y como él dijera que lo ignoraba, el anciano, como explorando la verdad de la cosa y como tratando de comprobar si ya se sujetaba con sus raíces, arrancó delante de él el palo con un pequeño esfuerzo y arrojándolo le ordenó que de ahora en adelante dejara de regarlo.

Educado por ejercicios de tal especie el joven crecía cada día más en la virtud de la sumisión, brillaba por la gracia de su humildad y el suave olor de su obediencia se difundía por todos los monasterios. Algunos de los hermanos, admirados de la sujeción del joven de la que habían tenido noticia, llegaron donde el anciano con el objeto de comprobarlo o más bien de edificarse. Llamándolo al punto el anciano dijo: “Sube, toma el frasco de aceite y arrójalo por la ventana”. Ahora bien, se trataba del único y sustancioso líquido que en el desierto servía para sus necesidades y las de los huéspedes. Él, subiendo rápidamente, lo arrojó por la ventana, despedazándolo en el suelo, sin pensar en lo absurdo del mandato, ni teniendo en cuenta la necesidad cotidiana, la debilidad del cuerpo, la penuria de recursos, las angustias y necesidades del árido desierto, en el cual incluso si se dispusiera de dinero de todos modos no se podría encontrar con qué compensar el líquido perdido.

Deseando otros hermanos edificarse de nuevo con el ejemplo de su obediencia, el anciano lo llamó y le dijo: “Corre, Juan, y cuanto antes echa a rodar hacia acá aquella roca”. De inmediato éste, apoyándose una vez sobre su nuca y otra sobre el cuerpo entero, con todo empeño y esfuerzo trató de hacer rodar aquella inmensa roca, que no podría haber movido una masa de hombres, de modo que con el sudor de todos sus miembros no sólo empañó íntegramente su vestidura, sino que hasta humedeció la misma roca con sus hombros. En esto de nuevo no midió la imposibilidad del precepto o de la acción, en razón de su reverencia al anciano y de la simplicidad sincera de su entrega, por la cual creía firmemente que el anciano no podía mandarle algo en vano o sin razón.

Basten estas cosas que he dicho de *abba* Juan, entre las muchas que hay. Paso ahora a contar un hecho digno de recordarse de *abba* Patermucio. Éste, pues, deseando renunciar al mundo, permaneció largo tiempo durmiendo a las puertas del monasterio, hasta que por su firme perseverancia logró que se lo recibiese con su hijo pequeño de cerca de ocho años, lo que era contra la costumbre de los cenobios. Cuando por fin se lo recibió, no sólo fueron confiados enseguida a distintos prepósitos, sino que también fueron separados en dos celdas diferentes, para que no recordase el padre al ver continuamente al niño que, después de haber renunciado a todos sus bienes y al afecto carnal, le quedaba al menos el hijo. Y así el que desde entonces ya no era rico ignoraría también el hecho de ser padre.

Para probar más plenamente si hacía más caso del afecto carnal y del amor de sus entrañas que de la obediencia y mortificación de Cristo, que todo el que renuncia debe preferir por su amor, descuidaban intencionalmente al niño, lo vestían con harapos más bien que con ropas y lo dejaban tan cubierto de suciedad y manchado que era una ofensa más bien que una alegría para los ojos paternos, cada vez que se ofrecía a su vista. Además, era sometido a los golpes y las bofetadas de varios, y a menudo le eran infligidos sin motivo al inocente niño a la vista del padre, de modo que nunca veía sus mejillas sino marcadas por los surcos sucios de lágrimas.

Aunque cada día el niño era tratado de este modo a la vista de él, sin embargo por el amor de Cristo y la virtud de la obediencia se mantuvieron siempre firmes e inmóviles las entrañas del padre. Ya no consideraba como hijo suyo al que había ofrecido a Cristo junto con su propia persona, ni se preocupaba de sus injurias presentes, sino que más bien se alegraba de ver que nunca eran sufridas sin provecho y pensaba menos en esas lágrimas que en la propia humildad y perfección.

El anciano del monasterio, observando la firmeza y el inmutable rigor de su espíritu, quiso probar hasta el extremo su constancia de ánimo. Cierta día, habiendo visto llorar al niño, fingió irritarse contra él y ordenó a su padre que lo tomara con sus manos y lo arrojara al río.

Entonces él, como si le hubiese sido mandado por el Señor, tomó de inmediato al niño en sus brazos y lo llevó corriendo hasta la orilla del río para tirarlo en él. Sin duda, esto lo habría llevado a cabo con fervorosa fe y obediencia, si no hubieran sido enviados intencionalmente a la orilla algunos hermanos que arrebataron al niño del seno del río, al que ya había sido arrojado, impidiendo así que se hubiera puesto completamente en ejecución la orden del anciano, que el padre ya había satisfecho, gracias a su entrega y disponibilidad.

La fe y la entrega de éste fueron tan agradables a Dios que al instante fueron aprobadas por un testimonio divino. En efecto, le fue revelado en el acto al anciano que por esta obediencia había cumplido la obra del patriarca Abraham³. Y como poco tiempo después el mismo abad del cenobio pasó de este mundo a Cristo, lo dejó como sucesor suyo y abad del monasterio, a la cabeza de todos los hermanos.

No callaremos tampoco el caso de un hermano conocido por nosotros, que era oriundo de una gran familia, según el criterio de este mundo, pues el padre era un cortesano muy rico, y había sido educado esmeradamente en las artes liberales. Habiendo dejado a sus padres y marchado al monasterio, para comprobar la humildad de su espíritu y el ardor de su fe, el anciano al instante le mandó recorrer las calles de la ciudad para vender diez canastas, cargándolas sobre sus hombros, aunque no había ninguna necesidad de venderlas públicamente. Para retenerlo más tiempo en esta tarea agregó la condición de que si alguien quería quizás comprarlas todas juntas no cediera, sino que las vendiera

³ Cf. *Gn* 22.

una por una a aquellos que se las pidieran. Éste cumplió con el encargo con total entrega y, haciendo caso omiso de toda confusión y vergüenza por causa del nombre y deseo de Cristo, cargando las canastas sobre sus hombros, las vendió separadamente según el precio establecido y llevó el dinero al monasterio. No le amedrentó lo nuevo de un oficio tan vil e inusitado, ni consideró la indignidad de la cosa y la nobleza de su origen, ni las injurias anexas a las ventas. Todo lo que deseaba era obtener por la gracia de la obediencia la humildad de Cristo, que es la verdadera nobleza».

Regla de los Cuatro Padres (hacia 400-410?)

«[III] ⁸ Queremos que los hermanos “vivan unánimes” con alegría “en una casa”; ⁹pero determinamos, con la ayuda de Dios, cómo mantener con un recto ordenamiento esta unanimidad y alegría.

[IV] ¹⁰Queremos que uno presida sobre todos ¹¹y que nadie se desvíe hacia la izquierda de su consejo o mandato, ¹²sino que los obedezcan con toda alegría como si fueran órdenes del Señor, ¹³ya que el Apóstol dice a los Hebreos. “Obedezcan a sus propósitos, porque ellos velan por ustedes” (*Hb* 13,17); ¹⁴y el Señor dice: “No quiero sacrificio sino obediencia” (*1 S* 15,22; cf. *Mt* 9,13 y *Os* 6,6).

¹⁵Los que obrando de este modo desean vivir unánimes, deben tener en cuenta que por la obediencia Abraham agradó a Dios y fue llamado amigo de Dios (*St* 2,23; cf. *Gn* 15,6; *1 M* 2,52; *Hch* 11,8). ¹⁶Por su obediencia, los mismos apóstoles merecieron “ser testigos” del Señor “entre los pueblos y las tribus” (*Hch* 1,8; *Ap* 11,3 y 9). ¹⁷También nuestro Señor “descendiendo de las regiones superiores a las inferiores” (*Jn* 8,23; *Ef* 4,9; cf. *St* 1,17) dice: “No vine a hacer mi voluntad sino la de Aquel que me envió” (*Jn* 6,38-39). ¹⁸Así, la obediencia, confirmada por tantos ejemplos, manténgase con el mayor celo y con gran empeño».

Segunda Regla de los Padres (hacia 427-428?)

“... Se debe respetar, amar y obedecer de veras a aquel que es Superior por el juicio de Dios y la ordenación sacerdotal, pues si alguno piensa despreciarlo, desprecia a Dios como está escrito: “*El que a ustedes escucha, a mí me escucha; el que a ustedes desprecia, desprecia a Aquel que me envió*” (*Lc* 10,16); de modo que sin su consentimiento ningún hermano haga nada, ni reciba ni dé ninguna cosa, ni vaya absolutamente a ninguna parte sin una orden suya” (I,8-10).

Regla del Maestro (cap. 7)

¹El primer grado de humildad es una obediencia sin demora. ²Pero esta forma es patrimonio de pocos y perfectos; es propia de quienes no amando nada tanto como a Cristo, ³ya sea por razón del servicio santo de que han hecho profesión, ya por miedo a la gehenna o por la riqueza de la vida eterna, ⁴tan pronto como oyeren que el superior ha mandado algo, no saben sufrir dilación en cumplirlo.

⁵De éstos dice el Señor: *Así que me oyó, me obedeció* (*Sal* 17 [18],45; Vg.) ⁶Y también dice a los doctores: *Quien a ustedes los escucha, a mí me escucha* (*Lc* 10,16). ⁷Así pues, los monjes de este temple, dando de lado su interés personal y renunciando a la propia voluntad, ⁸abandonando al punto lo que tenían entre manos y dejando sin acabar lo que estaban haciendo, siguen con hechos, en alas de la obediencia, la voz del que manda. ⁹Y como en un mismo momento, ambos actos -la intimada orden del maestro y

la perfecta ejecución del discípulo- se desenvuelven con movimiento único y rápido en la velocidad que imprime el temor de Dios.

¹⁰Pero esta forma, propia de unos cuantos perfectos, no ha de dejar atónitos ni sumir en la desesperación a los espíritus pusilánimes y perezosos, sino debe más bien estimularlos a la imitación. ¹¹Considerando, en efecto, que entre nosotros existe toda una gama de actitudes deplorables, dado que la tarda naturaleza ha depositado en los diversos sujetos una buena dosis de pereza. ¹²Pues es evidente que hay personas cuyos oídos están embotados por un sordo estupor, y vemos asimismo cómo los espíritus de otras se engolfan, con pasmosa facilidad, en una maraña de pensamientos. ¹³Por eso, mitigamos y queremos que sea menos exigente el rigor de la obediencia por parte de los doctores: reiterando su mandato a los discípulos, que al maestro no le duelan prendas en repetir una misma orden, ¹⁴de acuerdo con el testimonio del Señor, que llamando a Abrahán, repitió su nombre por segunda vez, diciendo: *¡Abrahán, Abrahán!* (Gn 22,1). Esta repetición nos manifiesta la convicción del Señor de que no basta una sola llamada para ser oído.

¹⁶Y en las mismas preguntas, cuando la voz del maestro vuelve a la carga y resuena nuevamente en el oído de sus discípulos, es de justicia conceder el beneficio de la reiteración de la pregunta a los discípulos que no han contestado, ¹⁷de suerte que la primera moratoria del discípulo en responder no se impute a falta, sino que debe considerarse como un rasgo de deferencia debida al maestro. ¹⁸En función de una tal deferencia, el discípulo útil cree un deber demorar la infracción de la taciturnidad que observa. ¹⁹Porque no quiere permitir que su lengua entre precipitadamente en acción nada más oír tu pregunta, anticipándose con sus respuestas a tus preguntas.

²⁰Por lo que a los mandatos se refiere, si el maestro repite su orden, es para que, por más tardos y negligentes que fueren los oyentes, al repetirles por segunda vez lo que antes se les había dicho, se vea estar plenamente justificado que una obediencia práctica rompa ya la segunda demora. ²¹Si -lo que ojalá no suceda- se produjera una tercera moratoria en la obediencia de los discípulos, la culpa tendrá la calificación de contumacia.

²²Es oportuno y hasta conveniente traer aquí a colación el tema aquel de los dos caminos, es decir, *el ancho, que lleva a la perdición y el estrecho, que lleva a la vida* (cf. Mt 7,13-14). ²³Por estos dos caminos avanza la obediencia de los diversos tipos de hombres: ²⁴por el ancho, la obediencia de los seglares y de los monjes sarabaítas y giróvagos...

⁴⁷Aquellos a quienes les anima el deseo de caminar a la vida eterna, emprenden animosos la senda estrecha, ⁴⁸para que, no viviendo a su arbitrio, ni obedeciendo a sus deseos y apetitos, sino caminando según el criterio e imperio ajenos, ⁴⁹no sólo renuncian a los deseos y apetitos anteriormente descritos y rehúsan seguir su propio criterio cuando la ocasión se les presenta, ⁵⁰sino que se someten además al criterio ajeno y, viviendo en comunidad, desean que les presida un abad, en vez de arrogarse ellos mismos ese nombre. ⁵¹Estos tales imitan indudablemente aquella sentencia del Señor, que dice: *No he venido para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado* (Jn 6,38). ⁵²Y no haciendo su propia voluntad, *negándose a sí mismos* por amor a Cristo, *siguen* a Dios (cf. Mt 16,24) donde quiera que les condujere el mandato del abad.

⁵³Y puestos así bajo la solicitud de un abad, no sólo no han de preocuparse de sus necesidades temporales: sustento, vestido y calzado, pero es que ni siquiera han de ocuparse de la cuenta que un día han de dar de su alma. ⁵⁴Con sólo prestar obediencia en todo al maestro, estarán seguros en lo concerniente al resto de sus intereses, tanto

los del cuerpo como los del alma; ⁵⁵porque tanto si es para bien como para mal, es al pastor a quien incumbe la responsabilidad del comportamiento de las ovejas, ⁵⁶y en el balance del juicio, corresponde dar explicaciones al que dio las órdenes, no al que las cumplió, tanto si son buenas como si son malas.

⁵⁷Se echa de ver efectivamente que estos tales andan por el camino estrecho, en que en ellos no se satisfacen sus propios deseos ni hacen lo que quieren, ⁵⁸sino que cargando con el yugo del criterio ajeno, se les prohíbe ir adonde sus propios caprichos quisieran conducirlos, y el maestro les niega lo que ellos quisieran hacer o realizar. ⁵⁹En el monasterio, es diariamente sometida a prueba, por causa de Cristo, su voluntad, y todo cuanto se les encargare para probarles, lo soportan con la paciencia propia de los mártires. ⁶⁰Es indudable que van a decir al Señor, en el monasterio, con el profeta: *Por tu causa nos degüellan cada día, nos tratan como a ovejas de matanza (Sal 43 [44],23)*. ⁶¹Y más tarde, en el juicio, dirán nuevamente al Señor: *Oh Dios, nos pusiste a prueba, nos refinaste como refinan la plata, ⁶²nos empujaste a la trampa, nos echaste a cuestras un fardo. ⁶³Nos pusiste bajo el yugo de hombres (Sal 65 [66],10-12)*. ⁶⁴Al decir, pues: *Nos pusiste bajo el yugo de hombres (Sal 65 [66],12a)*, reconocen que deben tener sobre ellos un superior que les represente a Dios, al cual temen en el monasterio. ⁶⁵Y continuando el texto, vuelven a decir muy oportunamente al Señor, pero ya en el siglo futuro: *Pasamos por fuego y por agua, pero nos has dado respiro (Sal 65 [66],12b)*; ⁶⁶esto es: pasamos por las amarguras de nuestras voluntades y, a través del servicio de la obediencia, hemos llegado al respiro de tu bondad.

⁶⁷Pero esta misma obediencia sólo entonces será aceptable a Dios y dulce a los hombres, si lo mandado se ejecuta sin vacilación ni tibieza, sin tardanza ni murmuración o protesta;⁶⁸pues la obediencia que a los mayores se presta, a Dios se presta, como dice el Señor a nuestros doctores: *Quien a ustedes los escucha, a mí me escucha (Lc 10, 16)*. ⁶⁹Y en otro lugar dice: *Así que me oyó, me obedeció (cf. Sal 17 [18],45: Vg.)*. ⁷¹Por lo cual, esa misma obediencia ha de ser prestada de buen grado por los discípulos, *porque al que da de buena gana lo ama Dios (2 Co 9,7)*. ⁷¹Pues el discípulo obedece de mala gana, si se queja no sólo oralmente a nosotros, sino cordialmente también a Dios, de lo que hace de mal talante. ⁷²Y aunque cumpla lo que se le ha mandado, con todo ya no será grato a Dios que ve la murmuración de su corazón, ⁷³y aunque haga lo que se le manda, como lo hace, no obstante, de mala gana, ⁷⁴por tal acción no conseguirá recompensa alguna de parte del Señor, quien al sondear a renglón seguido su corazón (cf. *Sal 7,10*), encontrará en él disposiciones malsanas en relación con lo que está haciendo.

Comentario al capítulo quinto del P. Terrence Kardong, osb⁴

1. a) Lucas 10,16, es un texto sobre la autoridad cristiana: “*Quien a ustedes escucha a mí me escucha*”. Aquí Cristo es obedecido en la persona del superior. Pero en Juan 6,38, se trata de la obediencia de Cristo: “*No he venido para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió*”; Cristo obedece al Padre, y RB 5,13 le dice el monje que se una Él en esta obediencia. **b)** En Lucas 10,16, Jesús habla a los 72 discípulos que parten para su misión de predicar a las ciudades de Palestina. **c)** Si Benito ve una conexión estrecha entre la misión de los discípulos y la autoridad del abad no está claro. En la *Regla del Maestro*, de la que RB (caps. 1 a 7) depende mucho, la reivindicación se hace tanto respecto del obispo como del abad, llamados *doctores*, sucesores de los apóstoles (RM 1,82). Benito no transmite este pasaje, por lo que no estamos seguros de que asuma esta conexión.

2. a) Si el abad se cree que tiene el lugar de Cristo en el monasterio (RB 2,2), entonces el monje puede suponer que el superior es un mediador fidedigno de la voluntad de Dios. Para el superior, RB 2 ofrece suficientes advertencias contra el uso indebido de este deber sagrado. Dada la gran autoridad de que el abad es investido por la *Regla*, un monasterio benedictino no puede prosperar a menos que la cabeza sea digna de confianza. **b)** Si los cenobitas viven bajo una regla y un abad (RB 5,12), entonces no pueden vivir sólo de acuerdo a su propia voluntad y juicio. Es fácil ver la necesidad institucional de la subordinación, pero las implicaciones individuales, espirituales, son menos claras. Si la elección personal y el juicio se equiparan con “caprichos y deseos”, entonces es obvio que la obediencia puede ser liberadora. Benito nunca desarrolla esta idea tan lejos como la RM, donde “todo cuanto elegimos movidos por la propia voluntad, se comprueba ser injusto, y todo cuanto el superior nos impone, muy a pesar nuestro, nos aprovecha para la rendición de cuentas” (Thp 40). Tan desagradable como esto suena, por lo menos nos recuerda que somos fácilmente engañados por nuestros egos pecadores, y por lo tanto necesitamos la ayuda de otros para ver la voluntad de Dios⁵.

RB 7,31-43, los grados segundo, tercero y cuarto de la humildad proporcionan la base de una rica cristología para la obediencia monástica. La enseñanza es la del Nuevo Testamento: *Cristo se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz* (Flp 2,8; RB 7,34). Así, todo el significado de la vida de Jesús se resume en la obediencia hasta la muerte. Para este fin, Cristo deja de lado su propia voluntad (Jn 6,38; RB 7,32), que era presumiblemente vivir en paz y armonía. De este modo Cristo abandona sus legítimos deseos personales para un fin superior, es decir, para la salvación del mundo. Cuando el monje es invitado a unirse a Cristo en obediencia, esto, obviamente, no es exactamente lo mismo: nuestra obediencia no salvará al mundo, como tampoco nuestra voluntad será siempre buena, como fue la de Cristo. Sin embargo, estamos, como Cristo, en un mundo pecador, donde la búsqueda del amor no-violento (= obediencia) a menudo encontrará una persecución injusta. Incluso con la mejor voluntad de su parte, nuestros superiores nos proveerán de un cierto grado de sufrimiento, simplemente porque son pecadores (RB 7,35-43). La fe nos dice que así se “*completa lo que falta a los sufrimientos de Cristo*” (Col 1,24). **c)** Ningún cristiano puede entregar todo el juicio a otra persona. A pesar de que necesitamos guías en que podamos confiar, en última instancia, nosotros mismos somos responsables de lo que hacemos, incluso bajo obediencia. Nunca podemos justificarnos obedeciendo una orden errada.

⁴ Traducido de: *Asking Benedict. A Study Program on the Rule of St. Benedict for Classes and Private Use. Resource Manual*, Richardton (North Dakota, USA), Assumption Abbey Press, 1992, pp. 13-14.

⁵ A. de VOGÜÉ, *Community and Abbot*, 1, Kalamazoo, MI, Cistercian Publ., 1978 pp. 65-01 (*La communauté et l'abbé dans la Règle de saint Benoît*, Bruges, 1960).

3. a) La primera parte destaca la rapidez, mientras que la tercera sección subraya la obediencia alegre, generosa. A pesar de ello, la rapidez y prontitud parecen tener un escaso significado espiritual en sí mismas, pero como manifestación de entusiasmo son más impresionantes **b)** De hecho, RB habla a menudo de “correr”, y esos pasajes, probablemente, deben entenderse más como una expresión de la insistencia de Benito en la buena voluntad, que como una pasión por el orden y la eficiencia. El célebre *Prol.* 49, describe el progreso espiritual como una dilatación “de nuestro corazón, por la que corremos con una inefable dulzura de caridad por el camino de los mandamientos de Dios”. Está claro que esto no tiene nada que ver con la eficiencia institucional⁶.

4. a) Murmurar se menciona cuatro veces, en RB 5,14 17. 18. 19. **b)** El vocablo latino es *murmurare*, una palabra cuyo significado va acorde con su sonido. **c)** *Murmurare* y sus afines aparecen doce veces en la RB, lo cual es desproporcionado en comparación con la RM. **d)** En RB 41,5, Benito admite que podría haber una “justa” murmuración si los monjes no reciben sus comidas en un horario razonable teniendo en cuenta su carga de trabajo. **e)** Los israelitas en el desierto del Sinaí, murmuraron contra el Señor, porque anhelaban el confort de Egipto. Olvidaron, sin embargo, que ese era el precio de su libertad espiritual y política. Ya sea que Benito tenga este telón de fondo o no, sigue siendo cierto que la verdadera libertad espiritual sólo se obtiene al alto costo de trascender el interés propio. Para RB 5, esto se logra mediante la obediencia a un superior⁷.

5. Dado el fuerte impulso humano por la libertad y la autodeterminación, la obediencia es una forma básica de la humildad. Si la humildad significa una deliberada negación a la autopromoción frente a Dios y sus criaturas, entonces hay que recordar que esto debe llevarse a la práctica en formas concretas. Estos caminos los elegimos nosotros, y el orgullo puede contaminar fácilmente toda la operación. Con la obediencia, sin embargo, nos abrimos a renunciaciones que no son de nuestra propia elección. Si además nos abstenemos de manipular la autoridad, podemos escapar del salón de los espejos de auto-engaño para llegar a la libertad de la verdadera humildad⁸.

Evaluación al capítulo 5:

Leer el documento *El servicio de la autoridad y la obediencia* de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica (se encuentra en el sitio del Vaticano:

http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/ccsclife/documents/rc_con_ccsclife_doc_20080511_autorita-obbedienza_sp.html

Indicando los lugares paralelos con la RB, y las diferencias mayores con ella.

⁶ G. FATTORINI, “L’immagine biblica della ‘corsa’ nella Regola di San Benedetto,” en *San Benedetto agli uomini d’oggi*, Rome, 1982, pp. 459-483.

⁷ J. FREI, “Das mahnen wir vor allem, dass sie ohne Murren sind”, en *Erbe und Auftrag* 57 (1981), pp. 376-382. Cf. *CuadMon* n. 24 (1973), pp. 121-131.

⁸ A. BORIAS, “Primus gradus humilitatis est”, en *Regulae Benedicti Studia* 14-15 (1988), pp. 59-67.

Apéndice

REGLA DE NUESTRO PADRE SAN BENITO

CAPÍTULO V

La obediencia

MADRE CÁNDIDA CYMBALISTA, OSB

v. 1. En san Benito, la humildad es lo más importante de todo. En el capítulo VII el temor de Dios es el comienzo de la humildad para seguir avanzando en los otros grados. Pero en este capítulo no tiene el mismo sentido el “primus”, aquí significa “el principal”.

v. 2. Así como sin caridad no hay virtudes, sin humildad no hay caridad, y no hay humildad sin obediencia sin tardanza. Una cosa es el acto de amor y otra es la virtud del amor.

vv. 3-13. No se trata de una obediencia pronta sólo al superior sino incluso en el plano fraterno. Sobre todo es una obediencia a Dios en los acontecimientos diarios. San Benito dice que el que obedece exteriormente y no interiormente es mejor que no obedezca.

El que manda puede equivocarse, pero el que obedece no se equivoca jamás. Los obedientes no sufren dilación en obedecer.

vv. 14-19. La obediencia sin demora no es debilidad. Puede suceder que una persona obedezca no desde la libertad sino que obedece emocionalmente, afectivamente, psicológicamente. Se puede dominar con sonrisas o gritos, y eso quita personalidad al monje. El superior no puede quitar la libertad. Dios creó a Adán y Eva capaces de una no obediencia. En cambio el demonio dominó a Eva por una debilidad.

La obediencia es dejar lo que uno está haciendo inmediatamente. Se deja por obediencia y no por amor a la persona que me ordena.

Obedecer no es aniquilar las facultades, sino que éstas deben desarrollarse cada vez más. El superior no puede vaciar al monje de la voluntad. El vaciado de la voluntad no es verdaderamente obediencia, porque no se tiene poder de decisión. Cuando san Benito habla de abandonar la propia voluntad, no dice de aniquilarla sino de dejar su propia decisión para hacer lo que se le manda. Una cosa es no hacer lo que había decidido y otra muy distinta es no saber decidir.

Temor de Dios, en san Benito, es presencia de Dios, es estar bajo la mirada de Dios. La rapidez en la obediencia debe ser por el temor de Dios y no por el temor que inspira el que manda. En la obediencia hay una comunión de dos cosas: la orden del abad o del maestro, y la pronta obediencia del discípulo.

Conviene leer la carta de Juan Pablo II del 11 de julio de 1980⁹. Este capítulo no ha perdido su vigencia, es exigente pero sencillo, porque no exige ninguna perfección

⁹ En la soledad que se ha instaurado en nuestros tiempos y que acá y allá presenta el aspecto de una “sociedad carente de padres”, el Santo de Nursia ayuda a recuperar esa dimensión primaria -quizá demasiado descuidada por los que ejercen la autoridad- que llamamos dimensión paterna. San Benito hace entre sus monjes las veces de Cristo y ellos le obedecen como al Señor, con los sentimientos que el mismo Salvador tenía hacia el Padre. A esa obediencia-escucha, propia de los hijos, que así contribuyen a modelar la figura del Padre, responde la penetrante consideración que San

excepcional psicológica. Sin obediencia es imposible la vida monástica, lo mismo que sin humildad.

Condiciones interiores de la obediencia

La trepidación psicológica es la dubitación. No hay que poner en duda lo que se manda, aunque lo mandado no sea lo más acertado. El que obedece, sea al hermano o al superior, no vacila, es rápido, entusiasta, sin tibieza.

Cinco características de la obediencia

1. si lo mandado se ejecuta sin dudar ni vacilar
2. sin tardanza.
3. sin tibieza (el tibio es el correcto, el que no pone el corazón en las cosas, el que no pone su entusiasmo)
4. sin murmurar
5. sin réplica de resistencia.

Estas son las condiciones para que la obediencia sea virtuosa.

Actitudes internas de la obediencia

1. alegría, por un lado
2. murmuración, como contrapartida.

La finalidad de la vida monástica es volver a Dios por la obediencia, este es el verdadero esencial. La obediencia al superior es obediencia a Dios porque se obedece como un acto de fe.

Se debe obedecer con gusto, de buen grado (*bono animo* dice el texto en latín), no con mal espíritu. No se debe murmurar no sólo con la boca sino tampoco con el corazón, porque el voto es interior, es hecho a Dios y no a otra persona. La obediencia es silencio del corazón.

Benito tiene por todos sus monjes, respetando la persona de cada uno en su totalidad. Esa actitud le estimula a atender diligentemente todas las necesidades de la comunidad. El que ejerce la autoridad, aun no olvidando nada de cuanto respecta al orden de la familia monástica y a los asuntos materiales, cuida sobre todo de la condición espiritual de cada persona, porque debe ser preferida a todas las cosas terrenas y transitorias. (de la *Carta Apostólica* del Papa Juan Pablo II, "Sanctorum altrix", 11-7-1980).